
EMOCIONES MORALES Y CONDUCTA EN NIÑOS Y NIÑAS

MORAL EMOTIONS AND BEHAVIOR IN BOYS AND GIRLS

ITZIAR ETXEBARRIA BILBO

PEDRO APODACA URQUIJO

M^a JOSÉ ORTIZ BARÓN

Universidad del País Vasco

M^a JESÚS FUENTES REBOLLO

Universidad de Málaga

FÉLIX LÓPEZ SÁNCHEZ

Universidad de Salamanca

e-mail: itziar.etxebarría@ehu.es

RESUMEN

El estudio analizó la relación de la empatía y la culpa con diversas conductas socio-morales, así como las diferencias de género al respecto en niños y niñas de 6 a 8 años. Las madres respondieron a varias escalas del Cuestionario de Internalización Moral de Kochanska, De Vet, Goldman, Murray y Putnam (1994) y los profesores a dos escalas del Perfil Socioafectivo de La Frenière, Dubeau, Capuano y Janosz (1988) y a la escala de Impulsividad del Cuestionario de Conducta Infantil de Goldsmith y Rothbart (1991). La culpa y la empatía mostraron una estrecha asociación entre sí. Por otra parte, ambas se asociaron con la reparación y la conducta internalizada. Además, los resultados apuntan, en las niñas, a una asociación positiva de ambas emociones con la conducta prosocial y negativa con la conduc-

ABSTRACT

This study analyzed the relationship between both empathy and guilt, and some socio-moral behaviors, as well as gender differences in these variables, in 6-to-8-year-old children. Mothers were administered several scales from the Moral Internalization Questionnaire by Kochanska, De Vet, Goldman, Murray, & Putnam (1994), and teachers were administered two scales from the Socio-affective Profile by La Frenière, Dubeau, Capuano, & Janosz (1988) and the Impulsivity scale from the Child Behavior Questionnaire by Goldsmith & Rothbart (1991). A close relationship was found between guilt and empathy. Besides, both were associated with reparation and internalized behavior. Moreover, results suggest, in girls, a positive association of both emotions with prosocial behavior

ta agresiva. Las niñas presentaban en todas las variables, excepto en culpa y reparación, índices morales significativamente más elevados que los niños, aunque el tamaño del efecto era bajo.

PALABRAS CLAVE

Empatía, culpa, reparación, conducta prosocial, conducta altruista, conducta internalizada.

and a negative association with aggressive behavior. Girls showed significantly higher moral indexes than boys in all variables, except in guilt and reparation, but the effect size was small.

KEY WORDS

Empathy, guilt, reparation, prosocial behavior, aggressive behavior, internalized behavior

INTRODUCCIÓN

Hoffman (1982, 2000) hace tiempo señaló el importante papel de la empatía y la culpa como antecedentes motivacionales de las conductas prosociales y de la conducta moral en general. Otros importantes autores en el campo del desarrollo socio-afectivo han subrayado igualmente dicho papel (Eisenberg, 1986; Kochanska y Aksan, 2006). Sin embargo, aunque la investigación respecto al papel motivacional de la empatía es relativamente amplia, no ocurre lo mismo con la centrada en el papel de la culpa, especialmente en nuestro país, donde esta cuestión apenas ha sido abordada.

Con el objetivo de aportar datos empíricos sobre la relevancia de estas dos emociones morales en la conducta social, y como parte de una amplia investigación sobre el papel de determinadas características y comportamientos parentales en el desarrollo moral infantil, en el presente estudio nos propusimos analizar el papel de una y otra emoción en la conducta prosocial y en la conducta agresiva, así como en la conducta internalizada y la reparación. Por otra parte, teniendo en cuenta los planteamientos del propio Hoffman (2000), en los que se subrayan las raíces empáticas de los sentimientos de culpa, nos pareció interesante analizar asimismo la relación entre ambas emociones. Por último, nos pareció de especial interés analizar las diferencias de género en el conjunto de variables estudiadas, tanto en las afectivas como en las conductuales. Aunque en el contexto anglosajón existen bastantes estudios sobre las diferencias de género en el ámbito socio-moral, en nuestro contexto ésta es una cuestión a la que aún no se ha dedicado suficiente atención. Y, sin embargo, en la medida en que niños y niñas pueden presentar perfiles bastante diferentes al respecto, el análisis de la misma es fundamental para orientar las intervenciones educativas dirigidas a favorecer la conducta cívico-moral en unos y otras.

Relación entre empatía y culpa

Hoffman (1982, 2000) concibe la empatía como una respuesta afectiva más congruente con la situación de algún otro que con la propia, y considera que esta respuesta constituye la fuente de la que derivan diversas reacciones emocionales, tales como la compasión, la ira empática o la culpa. Concretamente, la culpa aparecería cuando la persona siente empatía ante el sufrimiento ajeno y se atribuye a sí misma la responsabilidad causal en dicho sufrimiento. Hoffman propone denominar a esta culpa “interpersonal” o “verdadera”, para distinguirla de la culpa descrita en su día por Freud (1923/1973), una culpa de raíces ansioso-agresivas más que empáticas. Aunque otros autores (Eisenberg, 1986; Zahn-Waxler y Robinson, 1995) han señalado también la especial conexión entre empatía y culpa, la investigación empírica al respecto es más bien escasa.

No obstante, diversos estudios empíricos apoyan dicha relación. Tangney, Marschall, Rosenberg, Barlow y Wagner (1996) encontraron que tanto los niños como los adultos, cuando relataban episodios en los que habían experimentado sentimientos de culpa, a menudo expresaban empatía centrada en el otro. Por su parte, Thompson y Hoffman (1980) presentaron a niños y niñas de distintas edades una serie de historias semiproyectivas en las que el protagonista provocaba algún daño a otra persona, pidiéndoles que dijeran cómo se sentirían si ellos fueran los agentes de dichas acciones. Los resultados revelaron que quienes habían sido estimulados para empatizar con la víctima mostraban sentimientos de culpa más intensos que quienes no habían recibido estímulo en tal sentido. Por último, cabe citar aquí un estudio de Etxebarria y Apodaca (2008) que muestra que el componente empático, junto con el ansioso-agresivo, constituye una de las dos dimensiones básicas subyacentes en las experiencias de culpa: dicho componente sería el componente fundamental en ciertas experiencias de culpa –aquellas que centran la atención de Hoffman–, mientras que el componente ansioso-agresivo predominaría en otras –las analizadas en su día por Freud.

Como se describirá más adelante, en este estudio la medida de culpa utilizada lo que evaluaba era la reacción emocional negativa –de malestar, ansiedad...– de los niños y las niñas tras hacer algo que no debían, tras romper algo, etc., y no específicamente la culpa “interpersonal”. Sin embargo, como sugiere el propio Hoffman (2000), en la medida en que el componente empático está presente en la mayor parte de las experiencias de culpa, es lógico esperar una asociación entre la tendencia a experimentar empatía y la tendencia a experimentar no sólo culpa “interpersonal” sino cualquier tipo de culpa.

Papel de la empatía y la culpa en la conducta

Son numerosos los estudios que apoyan el papel motivacional de la empatía en todo tipo de conductas prosociales (Calvo, González y Martorell, 2001; Chapman, Zahn-Waxler, Cooperman y Iannotti, 1987; Findlay, Girardi y Coplan, 2006; Garaigordobil y García de Galdeano, 2006; López, Apodaca, Etxebarria, Fuentes y Ortiz, 1998; Ortiz, Apodaca, Etxebarria, Eceiza, Fuentes y López, 1993). Asimismo, hay base empírica para sostener que la empatía actúa como un elemento inhibitorio de las conductas agresivas. Según una revisión de 17 trabajos en los que se había analizado la relación entre empatía y conducta agresiva o delincuente (Lovett y Sheffield, 2007), los estudios con adolescentes apoyan claramente una relación negativa entre ambas, pero en los estudios con niños los resultados no son consistentes. No obstante, diversos estudios apoyan una relación negativa entre empatía y agresión en la infancia (Findlay et al., 2006; Garaigordobil y García de Galdeano, 2006). Por lo que respecta a la conducta internalizada, es decir, a la conducta conforme a las normas en ausencia de vigilancia externa, en principio la empatía no parece jugar en ella un papel tan relevante como la culpa. Quizás sea ésta la razón de que la relación entre empatía y conducta internalizada apenas se haya estudiado. Sin embargo, planteamientos como los de Hoffman (2000) acerca del papel de la reacción empática en la activación de un principio de benevolencia general, en los juicios morales y en la toma de decisiones, sugieren un cierto influjo de la empatía en dicha conducta. En el terreno empírico, la relación entre empatía y conducta internalizada encuentra apoyo indirecto en la asociación entre dicha conducta y el uso de técnicas inductivas por parte de los padres y las madres, técnicas basadas en la activación de la toma de perspectiva y la empatía en el niño (Hoffman, 1994).

En cuanto a la culpa, diversos estudios muestran que esta emoción no sólo lleva a realizar conductas reparadoras, conductas dirigidas a compensar de algún modo a la víctima por el daño que se le ha causado, sino que se asocia a todo tipo de conductas prosociales (véase la revisión de Etxebarria, 2000). Aunque en general esta cuestión ha sido analizada en muestras de adultos, la relación entre culpa y conducta prosocial también ha sido constatada en niños (Chapman et al., 1987). Por otra parte, diversos estudios apoyan el papel inhibitorio de la culpa respecto a las conductas agresivas. Así, se ha constatado en muestras de niños, adolescentes y adultos que la tendencia a la culpa se asocia a formas constructivas de regular la ira (Tangney, Wagner, Hill-Barlow, Marschall y Gramzow, 1996). Igualmente, se ha encontrado que la culpa empática por el daño interpersonal, patente ya en la edad preescolar, regula la agresión infantil (Zahn-Waxler, Cole y Barret, 1991).

Por último, cabe señalar que el papel de la culpa anticipada en la conducta internalizada ha sido subrayado por los principales autores que han profundizado en esta emoción (Freud, 1923/1973; Hoffman, 2000): el guión transgresión-culpa, como otras representaciones, puede activarse antes de que la acción (u omisión) tenga lugar; si esto ocurre, dado el carácter aversivo de esta emoción, la persona, a fin de evitarla, controlará dicha acción (u omisión). En este sentido, se ha constatado que los niños que a los 33 y 45 meses muestran más culpa en situaciones de laboratorio (en las que se les hace creer que han roto diversos objetos valiosos) posteriormente, a los 56 meses de edad, tienden a violar menos reglas de conducta (Kochanska, Gross, Lin y Nichols, 2002).

Partiendo de los planteamientos teóricos y los trabajos empíricos citados, en el presente estudio nos planteamos la hipótesis de una asociación positiva de la empatía y la culpa con la conducta prosocial y la conducta internalizada, y, en cambio, una asociación negativa de ambas variables emocionales con la conducta agresiva. Asimismo, esperábamos encontrar una estrecha relación entre culpa y reparación y, dada la estrecha relación entre culpa y empatía, una asociación significativa entre empatía y reparación.

Diferencias de género

Eisenberg y Fabes (1998), en un meta-análisis con una muestra de 259 estudios sobre diferencias de género en diversas respuestas relacionadas con la conducta prosocial en niños y adolescentes, encontraron que se daban diferencias relativamente amplias a favor de las mujeres en los índices que reflejaban empatía, sobre todo en los estudios de autoinforme. Si tales diferencias corresponden meramente al deseo de ajustarse a los estereotipos de género al responder a los cuestionarios o reflejan auténticas diferencias de género, relativamente estables, es algo que no está suficientemente claro. No obstante, se han encontrado diferencias similares en edades demasiado tempranas como para que niñas y niños puedan saber que están siendo observados o inferir las expectativas de los otros: Radke-Yarrow y Nottelmann (1989) las encontraron ya a los 2-3 años.

En España, los estudios sobre empatía en la infancia que hayan analizado las diferencias de género son escasos, pero los existentes, con niños y niñas de 10 a 13 años, apoyan asimismo una mayor intensidad de dicha respuesta afectiva en las niñas (Calvo et al., 2001; Garaigordobil y García de Galdeano, 2006).

A partir de los trabajos que acabamos de citar, en el presente estudio formulamos la hipótesis de que las niñas tenderían a experimentar sentimientos empáticos más intensos que los niños.

Por lo que se refiere a la culpa, existe amplia evidencia de que ésta tiende a ser más intensa en las mujeres, siendo las diferencias de género especialmente claras a partir de la adolescencia (Bybee, 1998). En la infancia, diversos estudios han encontrado también más culpa en las niñas que en los niños (Harvey, Gore, Frank y Batres, 1997), incluso a edades tan tempranas como los 33 y los 45 meses de edad (Kochanska et al., 2002), pero los datos son menos consistentes. En nuestro país, las diferencias de género en la tendencia general a experimentar sentimientos de culpa en la infancia no han sido objeto de atención hasta la fecha.

La ausencia de trabajos en España sobre diferencias en culpa en la infancia dificulta el planteamiento de una hipótesis precisa sobre las diferencias de género en una emoción en la que el contexto cultural ejerce un importante influjo. No obstante, teniendo en cuenta el conjunto de trabajos citados, así como las raíces empáticas de la culpa, supusimos que las niñas de edad escolar tenderían a presentar sentimientos de culpa más intensos que los niños.

En cuanto a la reparación, los estudios sobre diferencias de género son en general –no sólo en España– escasos. No obstante, teniendo en cuenta la relación entre culpa y reparación señalada en un apartado anterior, sería de esperar que las niñas presentaran también más conductas de este tipo. El estudio de Zahn-Waxler et al. (1991) citado anteriormente apoya esta hipótesis.

Por lo que respecta a la conducta prosocial en general, no todos los estudios encuentran diferencias de género. No obstante, cuando se han encontrado diferencias, éstas han sido favorables a las niñas (Lupinetti, 2000; Radke-Yarrow, Zahn-Waxler y Chapman, 1983). Diversos estudios con muestras españolas de niños y adolescentes han encontrado también diferencias a favor de las chicas (Calvo et al., 2001; Etxebarria, Apodaca, Eceiza, Fuentes y Ortiz, 2003; López et al., 1998). Ahora bien, cabría pensar que las diferencias halladas se deban a que los índices de conducta prosocial utilizados en muchos estudios se corresponden más con el rol femenino que con el masculino. En este sentido, merece especial atención un estudio realizado por López y colaboradores (1998), en el cual se observaron, en una muestra de preescolares en situaciones de juego espontáneo, cuatro tipos de conducta prosocial: conductas de consuelo, defensa, ayuda y donación. En dicho estudio, las niñas obtuvieron puntuaciones significativamente más altas que los niños en “donación” y, asimismo, una tasa global de conductas prosociales significativamente mayor que éstos. Además –a través de un sociograma– se constató que las niñas eran percibidas por sus compañeros como más prosociales que los niños. Sin embargo, curiosamente, no se encontraron diferencias significativas en los indicadores de prosocialidad en los que el informante era el educador. Según los autores, estos resultados podrían estar reflejando cierta tendencia

de los maestros a establecer baremos diferentes a la hora de evaluar la prosocialidad en uno y otro sexo, baremos que serían más exigentes en el caso de las niñas. Esta tendencia, de ser real, podría haber llevado a evaluar, en más de un estudio, diferencias más débiles de las verdaderamente existentes.

Por lo que se refiere a la conducta agresiva, Crick y colaboradores (1999) han aportado pruebas empíricas de que la agresión “relacional” –conductas que infligen un daño a otros dañando o amenazando las relaciones o los sentimientos de aceptación, amistad o inclusión en el grupo– es más común entre las niñas. Sin embargo, otros autores no han encontrado tales diferencias (Saket, 2005). En cualquier caso, en cuanto a otras formas de agresión, existe amplia evidencia en apoyo de su mayor frecuencia en los varones. Numerosos estudios llevados a cabo en distintos países han constatado que los varones son más agresivos que las mujeres, no sólo físicamente sino también verbalmente, ya a los 2-3 años (Baillargeon et al., 2007). Comparativamente, ésta es una cuestión que en España ha sido poco investigada. De todos modos, varios estudios han constatado estas mismas diferencias en niños y adolescentes de nuestro país (Calvo et al., 2001; Etxebarria et al., 2003; López et al., 1998).

Teniendo en cuenta la investigación empírica que acabamos de revisar, en el presente estudio supusimos que encontraríamos mayores niveles de conducta prosocial y menores de conducta agresiva en las niñas que en los niños.

En cuanto a la conducta internalizada, se trata de una cuestión cuyo análisis ha estado muy descuidado en las últimas décadas, no sólo en lo que respecta a las diferencias de género. Sin embargo, en los años 60 se realizaron numerosos estudios al respecto. Muchos de los estudios que abordaron la cuestión mediante pruebas experimentales en las que se tentaba a los niños y las niñas a hacer trampas no encontraron diferencias significativas, pero, cuando se encontraban diferencias, las niñas salían mejor paradas (véase Wright, 1974). En cualquier caso, si consideramos que la culpa asociada a la trasgresión de los valores y las normas juega un papel fundamental en la conducta internalizada, sería de esperar que las niñas presentaran niveles superiores que los niños en dicha conducta.

Tras esta revisión de los estudios previos sobre las cuestiones objeto de análisis en nuestro estudio empírico, y antes de pasar a presentar éste, conviene señalar una cuestión. Dentro de la amplia investigación en la que se inscribe este estudio, nos pareció adecuado utilizar como informantes, junto con los padres, a los maestros y maestras de los niños, entre otras razones, porque éstos tienen una experiencia de la conducta social de los niños en un contexto diferente del familiar, un contexto en el que la interacción con los pares es fundamental. Sin embargo, teníamos nuestras dudas de que éstos fueran buenos informantes para las

variables que queríamos analizar. Nuestra impresión era que éstos, en sus juicios sobre la conducta social y moral de los niños, a menudo se dejan arrastrar inconscientemente por su idea del niño o la niña como formal o molesto en el aula, de modo que los niños y las niñas impulsivos resultan evaluados, en general, como más agresivos y menos prosociales que los demás, siendo éste un dato que no se corresponde con el que aportan otros informantes. Por ello, creímos necesario controlar esta cuestión y, a tal fin, introdujimos una medida de la impulsividad de los niños. Ello nos permitiría, además de analizar la relación entre las variables afectivas y conductuales controlando dicha variable, poner a prueba el posible sesgo en el juicio de los maestros respecto a la conducta social en el aula.

MÉTODO

Participantes

Participaron en el estudio las madres y los profesores de 244 niños y 241 niñas de 6 a 8 años, escolarizados en primer y segundo curso de Educación Primaria, pertenecientes a un total de 8 centros públicos y concertados de Burgos, Guipúzcoa, Málaga y Salamanca. La muestra no fue obtenida por criterios estrictamente aleatorios sino mediante la selección de colectivos suficientemente diversos a varios niveles: regiones diferenciadas y centros escolares diversos en cuanto a su titularidad y a características de ubicación y clase social de los alumnos.

Los análisis presentan un número de casos variable debido a los diferentes niveles de colaboración de las madres y de los maestros. Una parte de las madres no devolvió los cuestionarios cumplimentados y otra parte lo hizo de manera incompleta; en algún caso, los maestros tampoco respondieron a la prueba de impulsividad. Por este motivo, según las variables objeto de análisis el número de casos utilizado variará.

Instrumentos

Empatía y Culpa

Estas dos variables se midieron a través de las madres, quienes respondieron a dos escalas de 7 puntos (1 = *Totalmente falso*, 7 = *Totalmente cierto*) adaptadas del *Cuestionario de Internalización Moral* de Kochanska, De Vet, Goldman, Murray y Putnam (1994): la escala de *Empatía*, compuesta por 10 ítems (ej.: “Le dan pena las personas a las que les han hecho daño, están enfermas o tristes”), con un α de Cronbach = .69; y la de *Reacción emocional a la trasgresión*, de 13

ítems (ej.: “No es fácil hacer que se sienta mal después de haber hecho algo malo”) y con un $\alpha = .71$.

Conducta Internalizada y Reparación

Estas variables fueron evaluadas por las madres mediante otras dos escalas del *Cuestionario de Internalización Moral* de Kochanska et al. (1994): la escala de *Conducta internalizada*, de 9 ítems (ej.: “Raramente repite una acción prohibida previamente aunque no esté presente un adulto”), con un $\alpha = .76$; y la de *Reparación*, de 7 ítems (ej.: “Cuando ha hecho daño a un compañero intenta arreglarlo y hacer las paces”) y con un $\alpha = .74$.

Conducta Prosocial y Agresiva

Estas dos variables se midieron a través de los maestros, quienes evaluaron la conducta de los niños y las niñas mediante dos escalas del *Perfil Socioafectivo* de La Frenière, Dubeau, Capuano y Janosz (1988): la escala de *Prosocialidad-Egoísmo*, compuesta por 10 ítems (ej.: “Consuela o ayuda a un niño/a con dificultad”), con un $\alpha = .86$; y la escala de *Agresividad-Control*, también de 10 ítems (ej.: “Insulta, pega a otros niños”), con $\alpha = .87$. Ambas son escalas de 6 puntos (1 = *Jamás*, 6 = *Siempre*). Las puntuaciones finales se obtienen restando los ítems negativos de los positivos, lo que da lugar a una escala con un rango de +5 a -5.

Impulsividad

Esta variable la evaluaron los maestros mediante la escala de *Impulsividad* del *Cuestionario de Conducta Infantil* (CBQ) de Goldsmith y Rothbart (1991). Dicha escala consta de 12 ítems (ej.: “Normalmente se lanza a una actividad sin pensarlo dos veces”) y tiene un formato de respuesta tipo Lickert de 7 puntos (1 = *Totalmente falso*, 7 = *Totalmente cierto*). α de Cronbach = .89.

Procedimiento

Para conseguir la participación de los padres en la investigación se entregó un sobre a cada niño con una carta dirigida a éstos en la que se explicaban los objetivos generales de la investigación y se solicitaba su colaboración en la misma. Además, en la carta se incluían dos sobres, cada uno de los cuales contenía las escalas que debían responder el padre y la madre, respectivamente. Las escalas para medir las variables que se analizan en el presente estudio fueron introducidas en el sobre de la madre. Los cuestionarios respondidos y metidos en el sobre eran entregados por los niños a su profesor.

RESULTADOS

Relación entre las variables

Para analizar la relación de las dos variables afectivas entre sí, así como la relación de cada una de ellas con las variables conductuales, se calcularon las *correlaciones de Pearson* entre todas las variables. Dado que suponíamos que las asociaciones en algunos casos podían ser más estrechas en un sexo que en el otro, realizamos este análisis por separado para los niños y para las niñas. Los resultados se presentan en la Tabla 1.

Tabla 1. *Correlaciones entre las variables emocionales y conductuales en niños y niñas por separado*

	CULPA				REPARACIÓN				C. INTERNALIZ.			
	Niños	n	Niñas	n	Niños	n	Niñas	n	Niños	n	Niñas	n
EMPATÍA	.32**	111	.51**	135	.62**	111	.58**	135	.25**	111	.29**	135
CULPA					.31**	111	.59**	135	.20*	111	.30**	135
REPARACIÓN									.33**	111	.52**	135
COND. INTERNALIZADA												
COND. PROSOCIAL												
COND. AGRESIVA												

*p < .05; **p < .01

	C. PROSOCIAL				C. AGRESIVA				IMPULSIVIDAD			
	Niños	n	Niñas	n	Niños	n	Niñas	n	Niños	n	Niñas	n
EMPATÍA	.13	105	.02	130	-.06	105	-.03	130	.06	61	.17	82
CULPA	.03	105	.07	130	-.09	105	-.05	130	-.02	61	.14	82
REPARACIÓN	.08	150	.05	160	-.04	150	-.12	160	.03	105	-.08	111
COND. INTERNALIZADA	.19*	105	.05	130	-.22*	105	-.08	130	-.06	61	-.02	82
COND. PROSOCIAL					-.75**	202	-.80**	215	-.60**	143	-.57**	141
COND. AGRESIVA									.62**	143	.68**	141

*p < .05; **p < .01

Como se puede apreciar, tal como se había hipotetizado, la empatía y la culpa presentan una correlación estrecha, más alta en el caso de las niñas que en el de los niños. Por lo que respecta a la relación entre dichas variables y las variables conductuales, tanto la empatía como la culpa muestran correlaciones significativas con la reparación y, aunque más moderadas, con la conducta internalizada, pero no así con la conducta prosocial ni con la conducta agresiva.

Además, la Tabla 1 muestra también correlaciones significativas entre diversas conductas. Así, se observa una correlación significativa entre la conducta de reparación y la conducta internalizada en niños y niñas, más elevada en éstas. Además, en los varones la conducta internalizada presenta una correlación positiva moderada con la conducta prosocial y una correlación negativa, también moderada, con la conducta agresiva; estas correlaciones son nulas en el caso de las niñas. Por último, la conducta prosocial y agresiva muestran entre sí una elevada correlación negativa.

Asimismo, las correlaciones obtenidas muestran una estrecha asociación entre la percepción, por parte de los maestros, de impulsividad en los niños y las niñas y la elevada conducta agresiva y la escasa conducta prosocial en ellos. En fuerte contraste con estos resultados, la variable impulsividad no presentó ninguna asociación significativa con las variables conductuales –como tampoco con las afectivas– evaluadas por las madres.

Teniendo en cuenta estos resultados, se procedió a analizar de nuevo las relaciones entre las variables, pero controlando ahora la variable impulsividad. Los resultados se muestran en la Tabla 2. En dicha tabla, se destacan en negrita las correlaciones en las que se aprecia un cambio respecto a las correspondientes de la Tabla 1.

Como era de esperar, sólo se aprecian cambios en las correlaciones con las variables evaluadas por los profesores, esto es, en las correlaciones con conducta prosocial y agresiva. Se observa un aumento de las correlaciones de las variables afectivas empatía y culpa con dichas variables, en el sentido planteado por las hipótesis, especialmente en el caso de las chicas. Aunque estas correlaciones no alcanzan la significatividad estadística, merecen atención, pues hay que tener en cuenta que, al introducir en el análisis la variable impulsividad como covariable, el número de sujetos en estos segundos análisis se redujo sustancialmente. De hecho, en este segundo análisis las correlaciones anteriormente observadas entre la conducta internalizada y la conducta prosocial y agresiva en el caso de los varones, pese a no debilitarse, dejan de ser significativas.

Tabla 2. Correlaciones parciales entre las variables emocionales y conductuales en niños y niñas por separado controlando la impulsividad

	CULPA				REPARACIÓN				C. INTERNALIZADA			
	Niños	n	Niñas	n	Niños	n	Niñas	n	Niños	n	Niñas	n
EMPATÍA	.33*	58	.50**	79	.62**	58	.60**	79	.25+	58	.29**	79
CULPA					.31*	58	.61**	79	.20	58	.30**	79
REPARACIÓN									.33**	58	.52**	79
COND. INTERNALIZADA												
COND. PROSOCIAL												

+p < .09; *p < .05; **p < .01

	C. PROSOCIAL				C. AGRESIVA			
	Niños	n	Niñas	n	Niños	n	Niñas	n
EMPATÍA	.21	58	.15	79	-.12	58	-.20+	79
CULPA	.02	58	.19+	79	-.09	58	-.20+	79
REPARACIÓN	.13	102	.01	108	-.07	102	-.08	108
COND. INTERNALIZADA	.19	58	.05	79	-.23+	58	-.10	79
COND. PROSOCIAL					-.60**	140	-.68**	138

+p < .09; *p < .05; **p < .01

Diferencias de género en el conjunto de variables

Para analizar las diferencias de género se realizaron pruebas *ts* para muestras independientes. A fin de contar con un índice del tamaño del efecto, se calcularon las *Etas* correspondientes. Los resultados se presentan en la Tabla 3.

Como se observa en la tabla, se encontraron diferencias significativas en todas las variables excepto en culpa y en reparación. Aunque en ambas variables se daban diferencias en la dirección hipotetizada, éstas no alcanzaron la significatividad estadística. Los índices *Eta* muestran tamaños del efecto bajos, algo mayores en las variables conductuales.

Tabla 3. *Diferencias de género en el conjunto de variables*

	NIÑOS			NIÑAS			t	p	Eta
	M	DT	n	M	DT	n			
EMPATÍA	5.89	.77	111	6.07	.65	135	-2.05	.042	.13
CULPA	4.89	.88	111	5.09	.79	135	-1.80	.074	.01
REPARACIÓN	5.76	.99	158	5.87	.86	165	-.99	.323	.05
COND. INTERNALIZADA	4.47	1.05	111	4.88	1.05	135	-3.03	.003	.19
COND. PROSOCIAL	1.24	1.97	202	1.96	1.83	215	-3.89	.001	.19
COND. AGRESIVA	-1.46	1.81	202	-2.30	1.70	215	4.91	.001	.23
IMPULSIVIDAD	3.57	1.23	143	3.26	1.25	141	2.13	.034	.13

DISCUSIÓN

Un primer objetivo del estudio era analizar el papel de la empatía y la culpa en la conducta. Pues bien, respecto al papel de la empatía, los resultados muestran, tanto en los niños como en las niñas, correlaciones significativas de la misma con la reparación y la conducta internalizada, correlaciones elevadas en el caso de la reparación y moderadas en el de la conducta internalizada. La culpa mostró correlaciones similares con la reparación y la conducta internalizada, aunque en los varones la correlación de la culpa con la conducta de reparación fue más moderada que la de la empatía con dicha conducta. Asimismo, al controlar la variable impulsividad, los datos apuntan, en el caso de las niñas, a una asociación positiva de ambas variables afectivas con la conducta prosocial, y a una asociación negativa de las mismas con la conducta agresiva, si bien las correlaciones obtenidas, probablemente debido al escaso número de sujetos que entraron en estos análisis, no alcanzaron la significatividad estadística. Como se ha señalado, al controlar la variable impulsividad, y debido a que algunos profesores no respondieron a esta prueba, el número de sujetos en los análisis se redujo sustancialmente; con un número de sujetos mayor, muy probablemente estas correlaciones habrían resultado significativas. En cualquier caso, en los niños estas correlaciones fueron muy débiles (en el caso de la culpa, prácticamente nulas).

En general, los resultados apoyan las hipótesis de partida respecto a la relación entre las dos variables emocionales analizadas y la conducta socio-moral. Sin embargo, las débiles correlaciones de dichas variables con la conducta prosocial y la conducta agresiva en los chicos no son consistentes con los resultados de la investigación previa sobre la relación de la conducta prosocial con la empatía (Calvo et al., 2001; Findlay et al., 2006; Garaigordobil y García de Galdeano, 2006; López et al., 1998; Ortiz et al., 1993) y con la culpa (Etxebarria, 2000); tampoco son consistentes con los resultados de la investigación sobre la relación de la conducta agresiva con la empatía (Findlay et al., 2006; Garaigordobil y García de Galdeano, 2006) y con la culpa (Tangney, Wagner et al., 1996). Las correlaciones de la empatía y la culpa con la conducta internalizada en los varones, aunque débiles, son algo mayores, pero siguen siendo más débiles que en el caso de las chicas. En la misma línea, la correlación de la culpa con la reparación, aunque más elevada, sigue siendo bastante menor en los niños que en las niñas.

¿Cómo han de interpretarse estos resultados? Si los consideramos en conjunto, todo parece apuntar a que las variables afectivas jugarían un papel menos relevante en la conducta social y moral de los niños que en la de las niñas. Ésta es una cuestión sumamente interesante que exige un análisis más detenido y en la que habrá que profundizar en el futuro. Sin embargo, cabe señalar que ya los planteamientos de Gilligan (1982) respecto a las “voces” diferentes de los varones y las mujeres en el ámbito moral sugerían un papel más relevante de la empatía en la vida moral de éstas.

Un segundo objetivo del estudio era analizar la relación entre la empatía y la culpa. A este respecto, los resultados muestran una estrecha asociación entre ambas, más alta en el caso de las niñas que en el de los niños. De nuevo, esto apunta a que también la respuesta de culpa podría tener una fuente menos empática en los niños que en las niñas. Análisis ulteriores deberán determinar si en éstos la culpa tiene una base más ansioso-agresivo que empática o –lo que parece más probable– unos orígenes menos afectivos. En cualquier caso, los resultados apoyan la hipótesis de una estrecha relación entre empatía y culpa.

Ahora bien, aquí hay que tener en cuenta una de las limitaciones más importantes del estudio, a saber: el hecho de que estas dos variables, así como dos de las variables conductuales (conducta reparadora y conducta internalizada), se midieran a través de los mismos informantes (las madres). Esto, sin duda, influye en parte en la magnitud de las correlaciones halladas. No obstante, conviene tener en cuenta que, dentro de la amplia investigación en la que se inscribe este estudio, los ítems correspondientes a estas cuatro escalas se hallaban intercalados con muchos otros ítems de otras escalas del *Cuestionario de Internalización Moral* de

Kochanska et al. (1994). Por otra parte, el hecho mismo de que las correlaciones, en su mayor parte, sean notoriamente diferentes en el caso de los niños y en el de las niñas sugiere que no toda la asociación hallada entre estas variables se explica por el hecho de haber sido evaluadas por el mismo informante. Así pues, creemos que los resultados obtenidos pueden interpretarse como un dato que, aunque no suficientemente robusto, apoya los planteamientos acerca de las raíces empáticas de muchas experiencias de culpa.

En cuanto a las diferencias de género, junto a lo ya señalado respecto al diferente peso de las variables afectivas en los niños y las niñas, los resultados muestran diferencias significativas –en el sentido esperado– en los niveles de todas las variables excepto en los de reparación y culpa (si bien en esta última la diferencia es tendencial). Sin embargo, el tamaño del efecto en general es pequeño, siendo más alto en las variables conductuales y, en particular, en la conducta agresiva.

Como se ha señalado en la introducción, los estudios sobre diferencias de género en reparación son muy escasos. Los relativos a la culpa son más numerosos, pero, en nuestro contexto, no sabemos de ningún estudio que haya analizado la cuestión en muestras infantiles. Por tanto, no contamos con investigación suficiente para poder contrastar los resultados relativos a estas dos variables. Sólo podemos señalar que se requiere más investigación al respecto. Sea como fuere, en la línea de conclusiones previas en este campo (Tagney y Dearing, 2002), podemos concluir que los resultados obtenidos apoyan la presencia de niveles más elevados de empatía, conducta internalizada y conducta prosocial, y niveles inferiores de conducta agresiva, en las niñas que en los niños. Ahora bien, las diferencias entre los sexos, al menos en esta edad, parecen más bien pequeñas.

Por último, en relación con la hipótesis de un posible sesgo de los maestros al juzgar la conducta social de los niños y las niñas impulsivos, las correlaciones obtenidas muestran una estrecha asociación entre la percepción, por parte de los maestros, de los niños y las niñas como impulsivos y su percepción como altamente agresivos y poco prosociales. En fuerte contraste con estos resultados, la variable impulsividad no presentó ninguna correlación significativa con las variables conductuales –tampoco con las afectivas– evaluadas por las madres.

Estas altas correlaciones de la impulsividad con la conducta agresiva y la conducta prosocial pueden estar algo sobredimensionadas por el hecho de que las tres variables fueran evaluadas por el mismo informante, en este caso el maestro. Sin embargo, son demasiado elevadas para ser interpretadas como un mero efecto del informante. Estas elevadas correlaciones nos llevan a pensar en la presencia de un cierto sesgo en los maestros: éstos, al evaluar la agresividad y la prosocialidad en los niños y niñas, podrían estar confundiéndolas en cierta medida con el grado

de impulsividad y actividad molesta de éstos en el aula. Ciertamente, es muy probable que, en muchas ocasiones, los niños impulsivos controlen menos su agresividad; sin embargo, no parece tan lógico pensar que los niños menos impulsivos sean más prosociales.

Dilucidar en qué medida se da este sesgo, en la línea de otros detectados en la percepción de la conducta social de los escolares (López et al., 1998), requiere un análisis más específico del que aquí hemos podido realizar y que convendría abordar más directamente en el futuro. Este análisis merece sin duda la pena, pues puede ser de gran ayuda para orientar a los maestros que se enfrentan a la difícil tarea de conjugar la enseñanza académica con la educación en su sentido más amplio, incluido el moral. Es ésta una tarea en la que año tras año han de bregar con niños y niñas de variados temperamentos, no siempre fáciles, y no sería de extrañar que a la larga ello pudiera llevarles a confundir, hasta cierto punto, la “buena conducta” en el aula con la conducta auténticamente moral.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baillargeon, R. H., Zoccolillo, M., Keeann, K., Cote, S., Perusse, D., Wu, H. X., Boivin, M. y Tremblay, R. E. (2007). Gender differences in physical aggression: A prospective population-based survey of children before and after 2 years of age. *Developmental Psychology*, 43(1), 13-26.
- Bybee, J. (1998). The emergence of gender differences during adolescence. En J. Bybee (Ed.), *Guilt in children* (pp. 113-125). San Diego, CA: Academia Press.
- Calvo, A. J., González, R. y Martorell, M. C. (2001). Variables relacionadas con la conducta prosocial en la infancia y adolescencia: personalidad, autoconcepto y género. *Infancia y Aprendizaje*, 93, 95-111.
- Chapman, M., Zahn-Wakler, C., Cooperman, G. y Iannotti, R. (1987). Empathy and responsibility in the motivation of children's helping. *Developmental Psychology*, 23(1), 140-145.
- Crick, N. R., Werner, N. E., Casas, J. F., O'Brien, K. M., Nelson, D. A., Grotpeter, J. K., y Markon, K. (1999). Childhood aggression and gender: A new look at an old problem. En D. Bernstein (Ed.), *Gender and motivation. Nebraska symposium on motivation*, (Vol. 45, pp. 75-141). Lincoln, NE, US: University of Nebraska Press.
- Eisenberg, N. (1986). *Altruistic emotion, cognition and behavior*. Hillsdale, N. J.: LEA.

- Eisenberg, N. y Fabes, R. A. (1998). Prosocial development. En W. Damon (Series Ed.) y N. Eisenberg (Vol. Ed.), *Handbook of child psychology: Vol. 3. Social, emotional and personality development* (5ª ed., pp. 701-778). Nueva York: Wiley.
- Etxebarria, I. (2000). Guilt: An emotion under suspicion. *Psicothema*, 12(Supl.1), 101-108.
- Etxebarria, I. y Apodaca, P. (2008). Both Freud and Hoffman are right: Anxious-aggressive and empathic dimensions of guilt. *The Spanish Journal of Psychology*, 11(1), 159-171.
- Etxebarria, I., Apodaca, P., Eceiza, A., Fuentes, M. J. y Ortiz, M. J. (2003). Diferencias de género en emociones y en conducta social en la edad escolar. *Infancia y Aprendizaje*, 26(2), 147-161.
- Findlay, L. C., Girardi, A. y Coplan, R. J. (2006). Links between empathy, social behavior, and social understanding in early childhood. *Early Childhood Research Quarterly*, 21(3), 347-359.
- Freud, S. (1973). El Yo y el Ello. En *Obras Completas* (pp. 2701-2728). Madrid: Biblioteca Nueva. (Publicación original, 1923).
- Garaigordobil, G. y García de Galdeano, P. (2006). Empatía en niños de 10 a 12 años. *Psicothema*, 18(2), 180-186.
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Cambridge: Harvard University Press.
- Goldsmith, H. H. y Rothbart, M. K. (1991). Contemporary instruments for assessing early temperament by questionnaires and in the laboratory. En A. Angleiter y J. Strelau (Eds.), *Explorations in temperament* (pp. 249-272). Nueva York: Plenum.
- Harvey, O. J., Gore, E. J., Frank, H. y Batres, A. R. (1997). Relationship of shame and guilt to gender and parenting practices. *Personality and Individual Differences*, 23(1), 135-146.
- Hoffman, M. L. (1982). Development of prosocial motivation: Empathy and guilt. En N. Eisenberg-Berg (Ed.), *The development of prosocial behavior* (pp. 281-313). Nueva York: Academic Press.
- Hoffman, M. L. (1994). Discipline and internalization. *Developmental Psychology*, 30(1), 26-28.

- Hoffman, M. L. (2000). *Empathy and moral development: Implications for caring and justice*. Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Kochanska, G. y Aksan, N. (2006). Children's conscience and self-regulation. *Journal of Personality, 74*(6), 1587-1617.
- Kochanska, G., De Vet, K., Goldman, M., Murray, K. y Putnam, S. P. (1994). Maternal reports of conscience development and temperament in young children. *Child Development, 65*, 852-868.
- Kochanska, G., Gross, J. N., Lin, M. H. y Nichols, K. E. (2002). Guilt in young children: Development, determinants, and relations with a broader system of standards. *Child Development, 73*(2), 461-482.
- La Frenière, P. J., Dubeau, D., Capuano, F. y Janosz, M. (1988). *Profil Socio-Affectif (PSA) des enfants d'âge préscolaire*. École de Psycho-éducation. Montréal: Université de Montréal.
- López, F., Apodaca, P., Etxebarria, I., Fuentes, M. J. y Ortiz, M. J. (1998). Conducta prosocial en preescolares. *Infancia y Aprendizaje, 82*, 45-61.
- Lovett, B. J. y Sheffield, R. A. (2007). Affective empathy deficits in aggressive children and adolescents: A critical review. *Clinical Psychology Review, 27*(1), 1-13.
- Lupinetti, L. J. (2000). Perspective taking, social competence, gender, and prosocial behavior of suburban preschool children. *Dissertation Abstracts International: Section B. The Sciences and Engineering, 61*(2-B), 1112.
- Ortiz, M. J., Apodaca, P., Etxebarria, I., Eceiza, A., Fuentes, M. J. y López, F. (1993). Algunos predictores de la conducta prosocial-altruista en la infancia: empatía, toma de perspectiva, apego, modelos parentales, disciplina familiar e imagen del ser humano. *Revista de Psicología Social, 8*(1), 83-98.
- Radke-Yarrow, M. y Nottelmann, E. (Abril, 1989). *Parent-child similarities and differences: Affective development in children of well and depressed parents*. Póster presentado en el Biennial Meeting of the Society for Research in Chile Development, Kansas City, MO.
- Radke-Yarrow, M., Zahn-Waxler, C. y Chapman, M. (1983). Prosocial dispositions and behaviour. En P. H. Mussen (Seies Ed.) y E. M. Hetherington (Vol. Ed.), *Handbook of Child Psychology: Vol. 4. Socialization, personality, and social development* (pp. 469-545). Nueva York: Wiley.

- Saket, K. H. (2005). Relational aggression: A review and conceptualization. *Dissertation Abstracts International: Section B. The Sciences and Engineering*, 63(3-B), 1735.
- Tangney, J. P. y Dearing, R. L. (2002). Gender and morality. En J. M. Masling y R. F. Bornstein (Eds.), *The psychodynamics of gender and gender role* (pp. 251-269). Washington, DC: APA.
- Tangney, J. P., Marschall, D., Rosenberg, K., Barlow, D. H. y Wagner, P. (1996). *Children's and adult's autobiographical accounts of shame, guilt, and pride experiences*. Fairfax VA: George Mason University.
- Tangney, J. P., Wagner, P. E., Hill-Barlow, D. H., Marschall, D. E. y Gramzow, R. (1996). The relation of shame and guilt to constructive vs. destructive responses to anger across the lifespan. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 797-809.
- Thompson, R. A. y Hoffman, M. L. (1980). Empathy and the development of guilt in children. *Developmental Psychology*, 16(2), 155-156.
- Wright, D. (1974). *Psicología de la conducta moral*. Barcelona: Planeta.
- Zahn-Waxler, C., Cole, P. M. y Barret, K. C. (1991). Guilt and empathy: Sex differences and implications for the development of depression. En J. Garber y K. A. Dodge (Eds.), *The development of emotion regulation and dysregulation* (pp. 243-272). Cambridge: Cambridge University Press.
- Zahn-Waxler, C. y Robinson, J. (1995). Empathy and guilt: Early origins of feelings of responsibility. En J. P. Tangney y K. W. Fischer (Eds.), *Self-conscious emotions: shame, guilt, embarrassment and pride* (pp. 143-173). Nueva York: Guilford Press.